



[www.loqueleo.com/bo](http://www.loqueleo.com/bo)

© 2019, César Herrera

© De esta edición:

2019, Santillana de Ediciones S.A.  
Avenida Sánchez Bustamante N° 977,  
Edificio Torre Pacífico, Piso 4  
La Paz, Bolivia

ISBN: 978-99974-314-6-2

Depósito legal: 4-1-175-19

Impreso en Bolivia - *Printed in Bolivia*

Primera edición: enero de 2019

Edición:

Wilmer Urrelo Zárate

Fotografía de cubierta:

Fernando Cuéllar Otero

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Impreso en SPC Impresores

Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La Cruz  
de Jaén

César Herrera

loqueleq



*Para la ciudad de La Paz,  
con sus montañas nevadas  
y sus calles históricas.*



“Intacta a lo largo de los tiempos, se desliza esta calle con la hermosura de las sombras, y repite el eco de los pasos...”.

*La calle Jaén,*  
JAIME SÁENZ





Un golpe certero en su cuerpo lo tiró al suelo, espabílándolo. Aquella sombra inesperada salió corriendo, perdiéndose entre las penumbras de las casas de la calle Jaén. El hombre joven se recuperó del empujón y del susto, se incorporó y notó en el suelo algo extraño: siguió el rastro de las gotas de sangre que se traslucían por los adoquines. La luz metálica de la luna encendía el rojo carmesí de la sangre. Se acercó a la puerta de la joyería, el candil que había afuera del lugar estaba encendido y su tenue luz apenas iluminaba el ambiente. Llamó por su nombre al dueño una y otra vez. Solo hubo silencio.

11

—Don Pablo, ¿está usted aquí? ¿Se encuentra bien?  
—resonó su voz, pero no hubo respuesta.

*Me deslicé por la calle Jaén a regañadientes, pero esa era la ruta más corta para llegar a mi casa y así no tener que rodear otras. Se me había hecho tarde, después de todo ya tenía doce años, no era un niño. Me armé de valor y tomé sin preámbulos la oscura calle. El viento frío se estampó en mi rostro. Seguí a prisa por ese lugar que parecía un mar oscuro*

*y desconocido. Me sentí flotar entre la niebla y el olor a santería de los inciensos. Era martes. Había caminado unos diez pasos y ya me estaba arrepintiendo de haber tomado aquella ruta. Mateo, no debiste venir por aquí, me repetí, pero ya era tarde, ni siquiera me atrevía a voltear hacia atrás. La luna se escondía de cuando en cuando entre las nubes y la noche se tornaba más oscura. El ruido que hacía mi corazón en el pecho retumbó en mis oídos y fue entonces cuando escuché que unos pasos apurados venían tras de mí. El crujido de las cadenas arrastrándose provenía de alguna de aquellas casonas y llegaba hasta mis oídos. Recordé que en momentos como aquel podría cantar para tratar de serenarme. Apresuré mis pasos lo más que pude. Traté de entonar alguna melodía, sin embargo, mi voz se perdió en el viento.*

*Distinguí a lo lejos la débil luz de algún candil y eso me tranquilizó un poco. En ese momento escuché de nuevo los pasos apresurados que se avecinaban hacia mí. El eco de las pisadas retumbó por toda la calle. Aminoré la marcha. El claroscuro de la luna alumbró el lugar y vi claramente la sombra de un hombre que se acercaba a toda prisa en dirección mía. Contuve la respiración por un instante y nuevamente la luna se escondió entre las nubes. El lugar se quedó en oscuridad total. Sentí, de pronto, la embestida de aquel hombre que me lanzó al suelo. Él también cayó. Nuevamente la luna salió de su escondite y entonces alcancé a verle el rostro cuando se incorporó rápidamente. Sus ojos negros se posaron un instante en los míos. En aquellas penumbras distinguí que una de sus manos estaba ensangrentada. El color rojo parecía brillar con una extraña luz. No dijo una sola palabra. Se cubrió la*

*cara y salió corriendo en dirección a donde yo había tomado la calle. Me incorporé perturbado. Aquel hombre no era ninguna aparición, era de carne y hueso. Me quedé un momento mirando la sombra desaparecer. Distinguí un objeto que brilló en el suelo, me acerqué y lo levanté: era un reloj de bolsillo plateado. Su brillo se esparció. Titubeé un momento, pero la silueta del hombre y sus pasos habían desaparecido en la noche. Guardé el reloj en el bolsillo de mi pantalón y seguí calle abajo, más tranquilo.*

13

El hombre joven, al ver la luz encendida en la Casa de Empeño de don Pablo, entró porque no recibió respuesta alguna. Siguió llamándolo. Observó el lugar y no le pareció distinto. Todos los objetos parecían estar en su lugar. Las vitrinas intactas. Dos candelabros ardían. Avanzó algunos pasos y encontró a don Pablo tirado en el suelo. Lo llamó una y otra vez, aunque fue en vano. Se agachó para tratar de moverlo. Sus manos se llenaron de sangre. A un costado de don Pablo había un pequeño charco de sangre y más allá brillaba un cuchillo ensangrentado.

—¡No puede ser, don Pablo, don Pablo! —lo movió de un lado a otro. Acercó su oído al pecho tratando de escuchar los latidos de su corazón, pero no oyó nada.

Era su eterno amigo de ajedrez, compañero en aquellas largas horas de noches frías, confidente y cómplice de charlas interminables. Mil preguntas se le cruzaron por la mente en un instante: el asesino era el hombre que lo había chocado minutos atrás, sin duda, y seguramente había entrado a la Casa de Empeño para robar algo.

Si hubiese llegado antes, todo podría haber sido distinto. En ese momento cruzó el umbral de la puerta una mujer y se quedó paralizada al ver la escena. Vio al hombre joven con las manos ensangrentadas, agachado junto al cuerpo, y a un metro de él relumbraba el cuchillo lleno de sangre oscura y espesa. Empezó a vociferar a todo pulmón:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Aquí!

14

El joven se incorporó, todavía perturbado. Trató de decir algo, sin embargo no pudo articular palabra alguna. La mujer salió en un santiamén, sin dejar de gritar, para perderse luego en la oscuridad de la calle Jaén. Minutos después aparecieron tres gendarmes y varios curiosos a socorrerla. Esta inmediatamente señaló al joven como el autor del crimen.

—¡Él fue, lo encontré agachado, lo acaba de matar! —lo acusó histérica. Inmediatamente los gendarmes lo apresaron sin que él pudiese defenderse.

—¡Yo no fui! ¡Lo juro! —alcanzó a gritar. Los guardias le pusieron los grilletes y así lo trasladaron.

*Pasé entre una muchedumbre alborotada y acongojada que comentaba lo sucedido en la casa frente a la que caminaba en ese momento: habían asesinado a un hombre. Vi de lejos que trasladaban al culpable en una carroza. Escuché sus gritos que decían que era inocente, que lo había encontrado muerto, que el asesino escapó calle arriba, que lo buscaran. Yo supuse que era inocente, pues seguramente el hombre que me topé y tiró el reloj de bolsillo era el verdadero culpable, si no*

*¿por qué estaría escapando con las manos ensangrentadas? Caminé tras la muchedumbre que iba gritando ¡asesino!, una y otra vez. La gente estaba conmocionada por lo que había sucedido. En el transcurso escuché a una mujer que, afligida, le contaba a otra:*

*—Pobre hombre, tal vez él no fue. Don Pablo era su amigo, dice que el culpable lo chocó antes de entrar a la Casa de Empeño y salió corriendo sin darle tiempo a verle la cara.*

*Lo trasladaron a la cárcel que estaba en el puente de La Merced, por la Plaza de Armas y la calle Indaburo.*

15

Tras salir a toda prisa de la casa dejando al anciano muerto, a unos metros, te chocaste con un hombre que llegaba a la Casa de Empeño. Este cayó al suelo, lo que te dio tiempo para huir. Tomaste la calle angosta, perdiéndote entre las oscuridades a toda velocidad. No podías perder un minuto porque de lo contrario podrían encontrarte. Continuaste calle Jaén arriba como alma en pena, pero en ese trayecto te topaste con un niño y lo tiraste al suelo. Te cubriste el rostro para que, gracias a un claro de luna, no te distinguiera y de nuevo te echaste a esa carrera infortunada, perdiéndote entre las sombras. Por tu espalda recorría un sudor frío. Llegaste hasta la puerta de una casona de la misma Jaén y sacaste la llave de tu bolsillo. Rápidamente, abriste y trancaste bien. Las campanas de la Catedral dieron las ocho de la noche. Era martes de procesión de Semana Santa. Te asomaste por la ventana para ver si alguien te había seguido, pues gracias a la carrera tus pasos aún resonaban como si una

turba viniera tras de ti. Afuera no había nadie. Pasaste a la sala, encendiste un candil, y fuiste calmándote poco a poco. En la ciudad nadie sabía que estabas en esa casona. Eso te tranquilizó. Con sumo cuidado sacaste de tu bolsillo la bolsa que contenía el objeto de tu aflicción. El brazalete lleno de esmeraldas irradió un brillo especial. Aquello valía una pequeña fortuna, dijiste sonriendo, no haría falta que trabajaras por un largo tiempo. De nuevo, cuidadosamente, lo guardaste en aquella bolsa negra de terciopelo y subiste las gradas hacia el segundo piso. La casona en la que estabas era de un primo. Te había prestado las llaves porque él y su familia pasaban unos días en Cochabamba. A esas horas seguramente ya habrían encontrado al hombre muerto, pensaste. Quisiste mirar la hora en tu reloj de bolsillo, pero no lo encontraste en su lugar.

—¡Maldición! —exclamaste—. Seguramente se me cayó cuando me choqué con ese niño.

Caminaste de un lado a otro, nervioso. Te llevaste las manos al rostro en señal de desesperación.

No podía ser, cuando todo parecía haber salido tan bien, tenía que pasar aquello, repetiste. El reloj de bolsillo tenía tu nombre y apellido. Si lo encontró el niño estoy perdido, pensaste. Después de un momento decidiste que a la media noche irías a buscarlo en esas oscuridades. Si tenías suerte tal vez nadie lo habría encontrado. Te sentaste en la habitación de huéspedes. Un candelabro de cuatro velas estaba encendido sobre una mesita. Lograste tranquilizarte. Encendiste un cigarrillo y fumaste

apacible, pensando que tu misión había sido muy fácil. El frágil anciano ni siquiera había puesto resistencia. Rendido ante tu fuerza, dejó que le clavaras el cuchillo cerca del corazón. Fue fácil engañarlo y dejar que te mostrara la joya. Había sido muy confiado.

El hombre joven apenas podía pensar con claridad. Escuchaba a la gente que le increpaba gritándole: ¡asesino! No podía creerlo, parecía una pesadilla. Luego de ponerle los grilletes, lo subieron a una carreta al lado de dos guardias y partieron por las callejuelas de la ciudad. ¡Por favor, tienen que creerme, soy inocente!, imploró una y otra vez a los guardias. Estos ni siquiera lo miraron. Don Pablo era su amigo, ¿cómo podría haberlo ejecutado de aquella manera tan vil? No solo había perdido a su fiel compañero de juego, sino que ahora lo estaban condenando injustamente. Cuando llegaron a la cárcel lo encerraron en una celda oscura. Jamás había estado allí. Solo por fuera había visto sus muros grandes y altos, adentro estaba en penumbras y tan frío que parecía estar a la intemperie. Lo dejaron allí como a un repudiado asesino, pues la mayoría de los guardias tenía que volver a la procesión. En su casa no sabían lo sucedido. Pensó que no podían condenarlo así de fácil. La desesperación se apoderó de Alberto Palacios.

*Llegué hasta la cárcel junto a la muchedumbre. Veía el gentío que se movía de un lado a otro. Me escurrí entre ellos para ver cuando lo bajaron y entraron al edificio. Me quedé*

mirándolo hasta que la gente se fue disipando. El pobre hombre parecía perdido. Era alto y joven, vestía un traje oscuro con sombrero. Seguí varias cuadras más hasta mi casa. Esta era pequeña y quedaba al final de la cuadra junto a un acantilado. Mi madre me dio las buenas noches. Me había tardado más de lo previsto. Ella era una buena costurera y esa noche me mandó para que entregue un encargo. Yo estaba exaltado. Fui y me senté directo frente a ella.

—¡Han matado a un hombre en la calle Jaén! —exclamé.

18

—¡Dios bendito! —reaccionó ella, persignándose.

—Lo peor es que han culpado a alguien inocente. Yo me topé con quien imagino que es el verdadero asesino —dije atropelladamente, contándole cómo había sido aquel encuentro.

—Tranquilízate, ¿estás seguro de lo que me cuentas?

—Sí, el hombre que escapaba hizo caer este reloj —saqué el reloj plateado del bolsillo. Brilló ante la luz de los candela-bros.

Ella leyó el nombre en voz alta: Hugo Eduardo Zárate. Observó el objeto que marcaba casi las nueve de la noche. Se levantó y dio varias vueltas en la habitación.

—Lo primero que hay que hacer es ver al hombre que han acusado y hablar con él, aunque no creo que sea fácil hacer eso.

—No podemos dejar que lo ahorquen —dije.

—Pero no sabemos con certeza si este hombre del reloj es quien ha matado al anciano y tampoco sabemos nada del que está en la cárcel —siguió ella sacando conjeturas.

Sirvió un poco de comida y ambos comimos en silencio. Me observaba de rato en rato. Ella me conocía a la perfección,